

EDITORIAL

EL MUNDIAL 82 POLITIZADO

Era de prever que un acontecimiento deportivo de la importancia del Mundial de Fútbol, había de ser campo propicio para toda serie de manipulaciones. Sin embargo, creemos que en esta ocasión, como en tantas otras, nos hemos pasado de rosca.

Por descontado que cualquier hecho deportivo de las características del que nos ocupa —llámense Juegos Olímpicos o Campeonatos Mundiales— viene siendo objeto de atención preferente para el oportunismo político del color que sea y en el país que sea. Pero el caso es que por motivos de sobra conocidos, y en nuestro caso, el juego de las manipulaciones del Mundial - 82 denota una tal bisonñez política, que aterra pensar en lo que puede suceder si los mismos comportamientos se trasladan a situaciones más comprometidas, y sobre todo más vitales, para el futuro del país.

No es necesario, pensamos, extenderse en un minucioso relato de los hechos, entre otras cosas porque su actualidad se habrá perdido ya cuando este número salga a la calle, por obra y gracia de un nuevo "consentimiento político" —a los que estamos tan acostumbrados—, cuya gestación ya se ha iniciado cuando escribimos estas líneas.

Sin embargo, y pese a la diplomacia de salón esgrimida mal y a des-tiempo, nuestra clase política ha puesto de manifiesto algo que no se nos oculta, pese a todos los consensos habidos y por haber que puedan darse: Su escasa madurez en el oficio y su imperdonable desconocimiento del deporte.

Un Campeonato Mundial de Fútbol no es otra cosa, en términos estrictamente deportivos, que UNA MANIFESTACIÓN DEPORTIVA A NIVEL MUNDIAL, valga la doble redundancia, sin más aditamentos. Todo lo demás, y siguiendo en la misma línea terminológica, son ornamentaciones más o menos caprichosas que rodean al espectáculo, pero de las que el DEPORTE puede prescindir por innecesarias.

Que un acontecimiento deportivo sea aprovechado como exaltación propagandística de un régimen político determinado no es, lamentablemente, ninguna novedad. Se trata de un hecho habitual en los países llamados totalitarios o dictatoriales. Sin embargo en los sistemas democráticos se suele jugar con mayor elegancia, con menos aspavientos, pues se supone que su razón de existencia y su supervivencia, no viene condicionada por acontecimientos de tan escasa entidad política como DEBIERA ser una manifestación deportiva.

En la ocasión que nos ocupa no se ha jugado con elegancia —diríamos que se ha hecho de forma soez y con trampas— y se ha convertido una manifestación EXCLUSIVAMENTE DEPORTIVA, —no nos cansaremos de repetirlo—, en una impropia cuestión de estado.

El desconocimiento del Deporte, en su exacta y justa significación, ya no es tampoco ninguna novedad entre nosotros a todos los niveles. Sin embargo en esta oportunidad se han rozado los límites del ridículo ante los organismos internacionales, y también ante una opinión pública cada vez más concienciada de lo que es dable exigir a sus políticos.

El Mundial - 82 hoy por hoy —en lo que concierne a sus aspectos pura y exclusivamente deportivos— no creemos deba suponer desvelo alguno para sus organizadores. Se va a desarrollar en un país que cuenta quizás, con el más alto número de campos de fútbol de mayor capacidad de espectadores de Europa, de reciente construcción en su mayoría y con modernos y adecuados servicios.

Si a ello añadimos nuestra ya demostrada capacidad receptiva de turismo, —mejor o peor servido, esa ya es otra cuestión—, no creemos suponga problema alguno absorber a la nunca excesiva tasa de posibles visitantes que pueda atraer un Mundial de Fútbol.

Los problemas podrían por tanto limitarse —insistimos, dentro del terreno propiamente deportivo— a la adecuación técnica de los medios de comunicación dentro y fuera de los campos de juego, y al replanteamiento de una posible reducción de las sedes que acogerán el Mundial —ahora difícil de llevarse a cabo— por entender son excesivas: Una vez más los compromisos políticos prevalecieron sobre las exigencias y necesidades deportivas.

Lo demás, ya lo hemos dicho, ornamentaciones caprichosas propias de regímenes que precisan de expresiones triunfalistas de supervivencia, o torpes maniobras de políticos poco avezados.

Pese a ello, llama la atención el desusado interés que el Mundial - 82 ha despertado entre nuestra clase política, tan poco proclive habitualmente hacia todo lo relacionado con el deporte, y ello empuja hacia una sospecha que en modo alguno puede rechazarse: El Mundial de Fútbol, para aquellas fechas, puede suponer una importante baza electoral para los que gobiernen o para los que aspiren a gobernar.

Se ha politizado en exceso —con corta imaginación y larga astucia— el Mundial - 82; ahora será en extremo difícil devolverle su exacta imagen.

Se ha buscado afanosamente a la gallina de los huevos de oro y quizás se encuentre el jarro destrozado de la lechera.

J. G.